



Yusneylis Guzmán ganó la primera medalla de Cuba en la lucha femenina. /Foto: Ricardo López Hevia

Elsa Ramos Ramírez

POR el regalo que fue desde la fastuosa ceremonia de inauguración hasta la no menos épica de clausura de sus Juegos Olímpicos, París bien vale una misa.

Porque ni las controversias que pudo tener —y tuvo, como toda cita de tamaño dimensión— le roban el sentido a la célebre frase atribuible al rey Enrique IV de Francia en tiempos de los Borbones, aun cuando la historia no se ha puesto de acuerdo sobre el derecho de autor.

Con un medallero definido al final en photo finish a favor de Estados Unidos (terminó con la misma cantidad de títulos que China), con récords mundiales destrozados en varios deportes y olímpicos aún más, con actuaciones de lujo de muchos de sus protagonistas, con un público que lanzó al mundo un mensaje de cultura y civilización... valió la pena esta fiesta del deporte mundial por su espectacularidad, exquisitez, monumentalidad.

Y vale para todos y cada uno de los más de 10 000 atletas que ganaron el privilegio

de asistir, entre ellos los 61 cubanos que nos representaron en un escenario de altísimo nivel y, en muchos casos, en desigualdad de condiciones de todo tipo.

Esa es la primera “confesión” en esta misa de despedida, antes de poner los pies en la tierra tras unos 15 días con ellos flotando en el placer del disfrute. Porque de eso se trata el deporte, más allá de si Armand Duplantis nos deja mudos con sus récords universales que no parecen tener techo en la pértiga, o si Mijaín López nos atizó el orgullo nacional con su récord inédito de cinco oros olímpicos sucesivos en un deporte individual, o si Julio César La Cruz nos dejó con las ganas.

París bien vale una misa, pero, robándole a Moscú su título, tampoco cree en lágrimas. Por eso, enjugadas las emociones, volvamos a los escenarios de lo que pudo ser y no fue. Tal como la aceptó, la máxima dirección del organismo deportivo en su declaración final y sin que ello le quite un gramo al derroche de dignidad de cada uno de los competidores, el lugar 32 ocupado por Cuba y su cosecha de dos de oro, una de plata y seis de bronce no satisfizo el propósito de ubicarse entre

París bien vale una misa

Las jornadas de sus impactantes Juegos Olímpicos dejaron huellas en el universo del deporte y lecciones para Cuba

los 20 primeros, aunque aclaró al mismo tiempo que, “aun cuando restan análisis más reposados, se impone ratificar que no hubo triunfalismo en esa aspiración”.

Previo al encendido del pebetero, sostuve que tal aspiración sonaba a utopía y suponía una eficiencia competitiva casi perfecta, aun sin conocer todo el arsenal de los rivales a enfrentar porque, como ya se vio, muchas naciones “esconden” sus cartas o, para decirlo mejor, las preservan para la principal cita, como hicimos nosotros con el mítico Mijaín y muchas, la mayoría, desarrollan sus atletas con la cooperación de patrocinios y otras modalidades, incluido el apoyo estatal.

Como no pocos apostamos sobre todo a cuatro títulos —con lo que hubiese bastado para cumplir los vaticinios, pues Noruega quedó en el 19 con esa cantidad y Brasil ancló con tres en el 20, aunque con muchas más de plata (7)—. Pero, como ya escribimos antes, sobre todo el boxeo, se quedó por debajo, y la lucha, aunque comandó en la cosecha con cinco de las nueve medallas conseguidas por la delegación, sin dejar de mencionar el bajo rendimiento de la triplista Leyanis Pérez.

Tampoco ningún juego se parece a otro. Si nos atenemos a una comparación casi aritmética, se advierten datos reveladores. El país (Hungría) que ancló ahora en el lugar que Cuba obtuvo hace tres años en Tokio (el 14) lo hizo con seis títulos, uno menos que los conseguidos por la delegación antillana entonces. Ello induce a suscribir que esta vez las medallas se concentraron mucho más en las superpotencias mundiales, las económicas y, por ende, las deportivas. Luego en un rango intermedio se ubicaron muchas naciones llamadas emergentes, a las cuales les aportaron atletas de las características que ya mencionamos, algunas de ellas nacientes de los países del antiguo campo socialista que, ahora desmembradas, conservaron y muchas veces multiplicaron la fuerza de sus “matrices”.

La cita francesa, además, incluyó una sar-

ta de deportes “raros”, demasiados quizás, y eso esparció más el medallero. Descontadas las ediciones previas a Roma 1960, cuando se fue sin medallas, esta es la peor ubicación de Cuba en unos Juegos, pues en Japón 1964 ancló en el 30, aunque con una sola medalla y de plata; en México 68, fue el 31, con cuatro de plata y 115 deportistas y en Munich fue el 14 con 137 representantes.

Pero ni el mundo es el mismo en 60 años, ni Cuba tampoco. Bajo el cielo de París, huelga decir que suscribimos, de un lado, una de las actuaciones más discretas de la historia olímpica, y de otro, la que más se le parece a los tiempos que corren. Como parte de la superestructura social, al deporte le impactan los mismos desmanes que emergen de una base económica lastimada por el bloqueo económico y financiero brutal de Estados Unidos y por distorsiones que internamente no hemos resuelto.

En medio de la vorágine de los aplausos, hay que mirar con ojos “reales” otras verdades más allá de la economía. Habrá que reevaluar junto con la atención diferenciada, concepciones y estrategias. Remarco que pudo ser más la combatividad de los judocas, y mucho más la de los boxeadores, tras ver a Erislandy Álvarez que, a fuerza de golpes, acalló a un graderío enardecido. Tampoco creo que todos se exprimieron al máximo o, al menos, a la altura de lo que de ellos se esperaba, ya por confianza excesiva, ya por presión competitiva, ya por falta de fuerza, ¿o de motivaciones?

No estuvimos ni en el top 20, ni en el 30 y a eso no puede dársele una vuelta de página. El tiempo de las grandes cosechas se acabó y será mejor acostumbrarnos y aprender a sopesar mejor el color de las medallas o a disfrutar apenas una buena actuación.

Comenzó el descuento hacia Los Ángeles 2028 y ya no estarán para “ayudarnos” ni Idalys, ni Arlen, ni Mijaín, el faro que cerró por todo lo alto su época dorada en el deporte cubano.

Sueño cumplido del fútbol

El espiritano Yunielys Castillo fungió como técnico de la selección cubana que clasificó a la Copa Mundial Sub-20 de Fútbol Chile 2025

Opacada por la vorágine olímpica, la noticia de la clasificación de Cuba a la Copa Mundial Sub-20 de Fútbol Chile 2025 casi se diluye.

Pero el peso del acontecimiento no permite que se pase por alto: es la segunda vez en la historia que el balompié cubano llega a esa instancia luego de debutar hace 11 años en Turquía y copó un cuarteto formado por potencias regionales.

Por eso aún el espiritano Yunielys Castillo Carmenate se pellizca y si se lo cree es porque al técnico de la selección cubana no le faltan ni fe ni confianza. “Este resultado es lo más grande que he tenido en mi carrera como entrenador, es lo que todo técnico quisiera —confiesa a Escambray Papo, como todos lo conocen—. Llevamos con estos muchachos cerca de tres o cuatro años, algunos incluso desde que tenían 16 años; ha sido un trabajo duro, de mucho esfuerzo por parte de los jugadores, de su familia”.

Habla de la ruta previa que incluyó no competir en los torneos Sub-17 por lo de la pandemia, unido a la no realización de los campeonatos

nacionales. “Por eso todo es puro entrenamiento, fuimos al torneo previo en Nicaragua, después seguimos trabajando en La Habana y en la parte final fuimos a Venezuela y jugamos seis o siete partidos”.

Pondera, eso sí, la calidad de los muchachos: “Se han logrado insertar en la selección de mayores por sus méritos y eso les ha dado un bagaje individual en su crecimiento. Por eso logramos primero la clasificación en Nicaragua, cuando mucha gente pensaba que no podríamos. Llegamos a este premundial de México con tremendo coraje, con la fortaleza que tenemos como grupo”.

Fue este un éxito, con marca futbolística, ciento por ciento cubana. “Todos son jugadores formados en nuestras EIDE, campeonatos nacionales, ninguno juega fuera, no somos un país que tenga muchas condiciones. Pasan cosas a lo interno que solo sabemos los que estamos aquí, cuesta mucho para traer jugadores del exterior, pero ellos demostraron que sí pueden”.

Lo del premundial fue puro empuje y determinación: “Para nadie es

un secreto que en el grupo éramos los más débiles frente a equipos con más nombre y desarrollo que nosotros. Dijimos: “Si no perdemos el primer partido vs. Costa Rica, llegamos al Mundial”. Y empatamos, caímos 0-4 ante Estados Unidos, pero le ganamos a Jamaica y nos enfrentamos en el cruce de cuartos de final a Honduras y les dije: Muchachos, ellos son mundialistas (nueve veces) y nos han ganado con los mayores, pero esta vez se la vamos a hacer”.

Y se la hicieron. Con un gol del espiritano Samuel Rodríguez en el minuto 60 y lo que, tras el empate hondureño, pasó en tanda de penales. Teníamos confianza, fe. Tuvimos momentos tensos, como una tarjeta roja que todo el mundo vio que no lo era, con un hombre de menos, pero los muchachos no dejaron de luchar con esa gran garra y esos grandes sueños que tienen y al final salió en los penaltis”.

El disfrute no terminó ni con la euforia que causó el quinto y definitivo gol de Didier Reynoso. “Han pasado días y estamos así como preguntándonos lo mismo que sen-

timos en aquel momento “¡Eh!, ¿y estamos en un Mundial?”.

Lo están. Y eso minimizó una derrota previsible ante México en la despedida del torneo: “Estamos muy orgullosos, nuestro portero fue el mejor de la competencia. Decir

están en un Mundial es fácil, pero muchos han quedado en el camino, incluso potencias, y ahí está Cuba, con lo nuestro, con todas las dificultades, pero con trabajo y trabajo. Estamos en un Mundial y sueño cumplido”. (E. R. R.)



“Estamos muy orgullosos”, asegura Yunielys. /Foto: Cortesía del entrevistado